

El Hijo de Don Fernando

Por Francisco de Paula Pérez

Acudían a buscarlo en la población, desde los humildes jornaleros hasta los hijos del gamonal. Para todos era confidente obligado, especie de confesor laico, dueño del secreto de muchas vidas.

Espíritu incomprendido y varonil, se gastaba entre aquellas gentes que sólo nutrían sus almas con las heredadas tradiciones, no discutidas, cierto aire caballeroso que denunciaba en sus ademanes el hidalgo derrotado.

Doloroso proceso aquél.

En su juventud se reía del dinero como si le inspirase un desprecio invencible.

Un gesto de orgullo superior transfiguraba su semblante cuando en presencia de los muchachos formales y trabajadores, hijos de los ricachones del marco de la plaza y de la calle real, podía desprenderse de los discos metálicos, para depositarlos, inconsideradamente y sin distingos, en las manos suplicantes de la pobrecía que contemplaba en “el Niño de Don Fernando” a su más generoso protector en aquella tierra donde, para dar una limosna, se sacudían los guarnieles y se hacía minuciosa clasificación impidiendo que se fuera una moneda de dos centavos, en vez de la de uno que constituía el patrón, ya consagrado para ejercer la caridad cristiana.

Las señoritas de la cantarilla; la comisión de Hijas de María; las Terciarias; las Socias de la Congregación del Corazón de Jesús, en una palabra cuantas comunidades piadosas existían en la población, se disputaban el turno para llegarse a Germán Rivera, “el Niño de Don Fernando”, como le llamaban invariablemente las personas que pasaban de los cuarenta y habían conocido a su padre, rico hacendado, hijo del fundador del pueblo que había hecho la donación irrevocable del terreno para la iglesia, el cementerio, la plaza, las oficinas municipales y la casa cural.

NOTA: Entre los Papeles Viejos, así quiso llamarlos, que nos envió el autor para su publicación en la Colección “Rojo y Negro”, incluyó este relato, que queremos reproducir aquí por ser absolutamente desconocido y por constituir quizás el único intento puramente literario del gran constitucionalista.

Jamás se tocó en vano a las puertas de su desprendimiento, y hasta el señor Cura que le miraba retraído y misterioso, como que algunas hijas de confesión de las que arreglaban el altar y vestían imágenes, en compañía de sus sobrinas, en las grandes fiestas, le habían informado que leía libros malos, se le acercaba con respeto a recibir la ofrenda, en mucho superior a la de los dueños de numerosas lecherías.

—Imposible: —afirmaba en voz baja el abnegado sacerdote—; no puede ser; alma tan caritativa no ha de perderse: “Deus caritas est” y ha de volverle al buen camino.

Sus salidas al pueblo eran escasas: dos o tres al año.

De la herencia de sus padres le quedaba una pequeña posesión en la cual vivía retirado y sin otra sociedad que la de los peones y agregados, unos que trabajaban en su finca y otros que acudían de las vecinas. Leyendo y releendo libros de su reducida biblioteca; hojeando periódicos que, de tarde en tarde, le enviaba un amigo de Medellín, se le iban los días monótonos e interminables.

Cuatro años de colegio, en la capital del Departamento, le habían despertado una sed insaciable, una inquietud espiritual, honda y revolucionaria, que pugnaba con el medio en que ahora, por fuerza, tenía que vivir.

Sin preparación suficiente para dedicarse a una carrera lucrativa, y perdidos los hábitos de trabajo, fue un golpe rudo la muerte de su padre y uno mayor las avalanchas de papel moneda que redujeron a mínima expresión la fortuna familiar cuasi de leyenda en aquellas regiones y que apenas pudiera figurar, como medianía, en cualquier otro centro.

Empezaban los choques formidables.

Ya en las tertulias de la población le hacían la cuenta de sus entradas; enumeraban los gastos y deducían la ruina cercana. Para renovar sus libros no alcanzaban los recursos. El alza de los jornales, el precio bajísimo de los víveres, las dificultades para el transporte, reducían considerablemente los productos de las últimas fanegadas de tierra que le quedaban libres y sobre las cuales la sombra del usurero pedía la sangrienta hipoteca de un tres por ciento mensual.

En la última feria tuvo que vender una de las bestias de silla: su yegua zaína, de la raza mejor que se conocía en la provincia y cuyo abolengo arrancaba de un caballo de pura sangre, por el cual dieron suma fabulosa en Medellín. Se la compró un comerciante de telas —el antiguo mayordomo de sus antepasados— que pretendía obsequiarla, como premio, a uno de sus hijos que llegaba en esos días con el grado de **Bachiller**.

La mujer del mayordomo le vió una mañana pensativo. Displícite recibió el desayuno y salió al **corte** donde los peones formaban grandes pilas de ramas y helechos, recogidos en la **rocería** de las semanas anteriores, con el fin de alistar la **quema**.

Convino con ellos en que aquella tarde habría de verificarse, a menos que lloviera.

Pocas palabras se le oyeron.

Regresó a la casa y se metió en su cuarto, desde cuya ventana dominaba el sitio de los trabajadores y podía observarlos.

—El niño de Don Fernando va mal, dijo un peón viejo que había derribado los robles más corpulentos de aquellas tierras y que fue compañero de las primeras jornadas, cuando, soltero aún el padre de Germán, se inició la verdadera conquista de los dominios de la selva intocada.

—**Mal de amor**, farfulló una negra que aguardaba, junto a la olla con el almuerzo, a que se suspendieran los trabajos, y en cuya musculatura se denunciaba la sangre de los africanos que laboraban las minas de Remedios y Segovia. Su finísima dentadura de marfil pudo admirarse, porque una sonrisa maliciosa dio marcada intención a sus palabras.

Siguieron los comentarios francos y sanos de almas no contaminadas con las hipócritas fórmulas sociales, y se convino en que todo denunciaba en el patrón un cambio radical.

Juana —la remesera de provisiones— le oyó decir a la presidenta de las Hijas de María cuando, semanalmente, en los días de mercado, le investigaba sobre los detalles más insignificantes de la vida y costumbres del joven, que todo era culpa de las novelas que leía.

En su deliciosa inconsciencia no era dable que ahondaran en aquel espíritu. Se hacían eco de los decires vulgares, por más que allá en el fondo de sus almas presintieran la verdadera causa.

Todos a uno lo deploraban: era tan bueno!...

Germán, entretanto, desde la ventana contemplaba sus faenas; sentía envidia de sus brazos; anhelaba compartir con ellos la lucha creadora; soñaba con el triunfo de los racimos en la futura cogienda, y pensaba en remunerar su esfuerzo copiosamente.

La sangre de sus antepasados hervía en sus venas y tenía sus mejillas con un carmín de vergüenza. El mismo se condenaba. Era el soldado inútil de un escuadrón que tuvo días gloriosos. Vencido sin entrar en la batalla; retirado sin que los años hubieran nimbado de blancura sus cabellos rebeldes. Cuando el pleno goce de sus deberes de ciudadano la acababa de señalar en el año anterior como un sufragante nuevo y le declaraba libre de tutorías, echacha pie atrás, cansado, rendido.

Una educación recargada de teorías, le había recortado el horizonte y había llevado a su mente quiméricos delirios, como si la grandeza y el honor y la gloria estuvieran en pugna con el fecundo laborar de cada día. Se miraba interiormente y se hallaba pequeño y débil, semejante a un niño. Veces hubo en que intentó, de lleno, ingresar en las tareas, pero la bonachona esposa del mayordomo hubo de disuadirle: “Con esos botines le hacía mucho daño la humedad...”.

Por eso, la catástrofe se acercaba y su mente razonadora la veía llegar sin que un brioso impulso de carácter se opusiera y le cerrara el paso.

Levantó la mirada: las afiladas herramientas relampagueaban al sol; la naturaleza doblegaba su cerviz ante la violencia de los atacantes, y en esas montañas indomables culminaría el vigoroso entusiasmo de la raza ofreciendo frutos de redención para todos.

Quedaba ese último dominio: podía vencer.

Iniciada la noche, se prendió fuego a la roza.

Santo incendio del trabajo que convertía la tierra en incensario para rendir homenajes al Creador.

Crujían los arbustos no bien secos, volaban de un extremo a otro las hojas encendidas, multiplicando vertiginosamente la furia, en esta vez redentora, del fuego; las grandes llamaradas ondeaban sobre la falda como banderas que desplegara el viento; el humo surgía, con violencia triunfal, invadiendo la atmósfera; el aire quedaba penetrado de ciertos efluvios mensajeros de promesas; las vacadas de los predios aledaños lo aspiraban deleitosamente, cual si soñaran con los verdes pastizales que habían de brotar en aquellos surcos así purificados; huían los reptiles de sus viviendas: luchaban, en una y otra parte, los trabajadores, abriendo calles para que no alcanzasen las oleadas bravías el cerco vecino ni llevaran su fiebre destructora, inexorable, a los huertos ajenos; las aves enloquecidas lloraban la ruina de sus nidos y de sus pichones.

Aquello tenía de todo: mezcla de violación y de sacrificio; de crueldad y de misericordia; de triunfo y de vencimiento; de resurrección y de muerte.

Bordeaba el río la cordillera y sus ondas clamorosas diríase que anhelaban desviar su curso para contener la obra del incendio. Le despoblaban su ribera y le dejaban descubierto el flanco. Sentía el arrebatado instintivo de oponerse a quienes así, rasgando su regia vestidura, se gozaban de su desnudez.

Un velo rojo cubría la luna y su discreta luz dibujaba en la montaña cuadros caprichosos. Manchas de ceniza, como cendales desechos, se veían por las lomas. El fuego había vencido. Su campo de combate se hallaba preciso y deslindado. No era la sensación cruel y desgarradora de las catástrofes: removía las almas un estremecimiento cargado de esperanzas. Germán, viendo arder las últimas raíces y los últimos troncos, no era suficientemente frío para ocultar sus emociones. Su propia vida se consumía; se quemaban sus ensueños; hubiera deseado que ni un átomo perdurase, y que las llamas rabiosas hubiesen extinguido ese resto de la heredad paterna. Había de quedar en otras manos...

Las jornadas de la siembra, los primeros tallos que cambiaban el aspecto del paisaje y las ilusiones del tiempo que se anunciaba propicio, llevaron a su ánimo una reacción maravillosa.

Volvió al pueblo; frecuentó las reuniones de familia y de amigos; se sintió reconciliado con la existencia y sin el **miedo de vivir**.

El amor pidió refugio en su juventud.

Aunque ya no era el gran partido de otros días, fue aceptado al fin por Don Alejandro, el acaudalado comerciante, miembro del Concejo Municipal y de todas las juntas del distrito, y presidente del comité político de las mayorías, bajo las cuales invariablemente se amparaba, cambiando de rótulo según fuera necesario.

Laura, la novia de la infancia, que desde la escuela pública le tenían señalada sus compañeros, ligó su nombre al de Germán.

Cinco meses iban corridos desde la siembra.

Los recién desposados habían llegado esa tarde a la vieja casona, medio retocada en vísperas del matrimonio, que ahora se mostraba con cierto aire distinguido, como el de las ancianas que se vieron reducidas a la pobreza y que luego conquistaron modesta posición.

En la mañana fue indecible y ruidoso el movimiento.

A la entrada de las casas de la población, el chico que dejó de asistir a la escuela estaba encargado de vigilar las cabalgaduras de sus parientes y de conseguir el freno que faltaba, o los zamarros prestados que ahora no se recordaba, con fijeza, quién los tendría.

Mientras tanto, las casadas, las solteras y solteronas, cuantas hijas de Eva integraban el escuadrón femenino de la cabecera del distrito, se hallaban en la iglesia presenciando el matrimonio. Menudearon los comentarios. No escaseó el chiste picante, dictado por la envidia o por el despecho.

La comitiva popular les acompañó hasta la finca. No hubo en ese día rocín que lograra quedar ocioso, ni montura que no saliera de los rincones empolvados a servir a sus dueños.

Desde la entrada del Obispo no se recordaba nada igual.

Germán era otro. En la luna de miel se transformó. Saludables variaciones de su espíritu le hicieron comprender que su felicidad y su porvenir estaban ligados al trabajo. Sus mayores habían vencido en ese campo; y él, con sus estudios inconclusos, necesitaba entrar nuevamente a las faenas que retóricas indigestas le hacían enantes juzgar vulgares y prosaicas.

Iba rehaciendo su fortuna...

Laura, en sus modestos anhelos de mujer que no se regía por el código de las modas, le ayudaba eficazmente.

Las confidencias íntimas rodaban sobre planes que se iban cumpliendo. Germán se veía en todo, multiplicando sus actividades; no dejaba ramo sin la necesaria inspección. Centavo a centavo la herencia de sus padres sería reconquistada, y se respaldaría con ese nuevo título más honroso. Según las cuentas y si el precio de los víveres se sostenía, con la próxima cosecha quedaban sus deudas definitivamente canceladas.

Don Alejandro visitaba frecuentemente a Germán y a Laura. Inconforme con la separación de la hija, procuraba eludirlos. No tenía él casas en el pueblo? Para qué vivir ellos en la montaña si podían reunirse y nada les faltaría? Germán, con sus conocimientos y su magnífica letra conseguiría, mediante sus influencias, un empleo. Adiestrado

no sería difícil refundir en uno, dos o tres cargos, aumentando el sueldo, y asunto concluido.

Un hombre de colegio no era indicado para esa vida de montañas.

Primero al oído de su hija, más tarde al de su yerno, dejó caer estas insinuaciones. Rechazado, en un principio, insistió. Las últimas intentonas revestían más el carácter de órdenes que de súplicas. Imposible que Laura, en la delicada situación en que se hallaba pudiese quedar en ese rincón.

Distaban la casa y la finca como legua y media del pueblo. Un paraje soberano: vejetación exuberante, aguas purísimas, horizontes despejados, vivienda distribuida sacrificando caprichosamente el buen gusto a la comodidad.

Las casas del pueblo, sin agua, estrechas, con ventanas perpetuamente cerradas, sin atractivo. Desde las ocho de la noche los vecinos se recogían y sólo hasta media hora más tarde se prolongaban las tertulias de la botica y del estanco. Ni en la plaza ni en las calles un ser viviente. Los chorros de la pila murmuraban un de profundis en aquella soledad, y el reloj de la parroquia desgranaba sus campanadas melancólicas.

Germán sabía de memoria esa vida y se aterraba de volver a emprenderla. Pero cuando se le habló de la exigencia de cuidados para Laura, de la imposibilidad de su señora madre política Doña Francisca, para demorarse acompañándola en la casa de la finca el tiempo necesario, hubo de convenir en trasladarse a la población.

Don Alejandro le señaló una de las casas, distante media cuadra de la plaza y vecina de la suya. Tenía la ventaja de que siendo tan cerca podían, fácilmente, cargar el agua, pasar con la leña y ordeñar en el mismo corral una vaca más para ellos.

Inés, la primicia de sus amores, alegraba ya el hogar y era en él de los abuelos como una rosa recién abierta en los tallos secos y sin vida.

Germán luchaba en vano por volver a la montaña. Los viejos resistían, porfiadamente. Si resolvían regresar, ya sabían, eso sí, que la niña se quedaba con ellos. Además qué afanes eran esos? Con uno o dos veces que les diera vuelta, en la semana, bastaría para que marcharan bien los escasos trabajos de la finca.

El joven padre hubo de resignarse.

Fuese habituando a la ociosidad monótona del poblado. Recorría las tiendas varias veces al día, en busca de contertulios.

En un principio le hacían corrillos animados para oírle. Su conversación, salpicada de anécdotas, era insinuante: descripciones de Medellín y de sus alrededores; las grandes fiestas religiosas; los veintes de Julio con despejos del batallón "La Popa"; las corridas de toros; las funciones de la Compañía de Zimmerman y la belleza extraordinaria de Doña Altigracia Ochoa...

Sobre todo, en vísperas de las elecciones, Germán era lector consagrado de los editoriales y boletines. En breves comentarios resumía las actuaciones de los candidatos. A Pedro Rosales y Luis Bravo los conoció en el colegio; con ellos estudió Retórica. Eran buenos muchachos, pero de poco talento. Al General Ramírez no le conocía sino de paso; un día le vió en la sala de visitas del establecimiento. Había sido condiscípulo de uno de sus hijos que sí era una inteligencia privilegiada.

Con estos ligeros datos adquiría cierta indiscutible autoridad. Para esos buenos parroquianos el ser amigo, conocido siquiera de todo un candidato a las Asambleas y Congresos, era honor envidiable. Tratar de tú a uno de los prohombres del partido, constituía un símbolo inequívoco del propio valer. En esos días Germán reaseguraba su popularidad.

Su modesto patrimonio se reducía notoriamente. La pequeña heredad, sin sus atenciones diarias, no daba con que atender a los intereses del resto de sus deudas y al oportuno pago de los trabajadores.

El proyecto de colocaciones oficiales no resultó. De vez en cuando servía, interinamente, por licencias concedidas a los titulares, algún empleo secundario. Sus manos habían perdido de nuevo la señal de los honrosos callos que hubieran sido el verdadero registro público de sus propiedades readquiridas. En el hogar, sus obligaciones y compromisos aumentaban. Los vestidos de colegial, muchas veces retocados, pedían su retirada definitiva.

Por fortuna poco exigía Laura.

La casa del suegro perdió simpatías y su trato se hizo imperioso y huraño. Aquello no podía seguir así. En la familia se hablaba del *cachaco* en tono de reproche. Se imponía que cogiera oficio. Gente que no sabía manejar el *azadón*, era incapaz de cumplir los deberes del buen marido.

La situación estaba muy mala y los hijos eran muchos. Harto hacía Don Alejandro con darle casa: los cuñados veían en eso mismo una preferencia por Germán que les llenaba de rabia. Este, pundonoso, jamás hizo reparos. Pensó en volver a la montaña. Era tarde.

Un atraso en los intereses por atender al pago del médico en la enfermedad de uno de los niños, fue la ocasión ambicionada por el usurero. Vinieron el remate y la adjudicación de la tierra. Y eso por el buen corazón del prestamista, por su generosidad que había consentido en los avalúos exagerados. En rigor, Germán le quedaba debiendo mucho; pero él bondadosamente convenía, en recuerdo del gran sariño que tuvo para con su padre, en que todo se cancelara entregando la finca.

Cuando pasó el remate vino para Germán toda la rudeza de su infortunada situación. Pudo ver de cerca la ruina, la miseria, el abandono.

Meditando en el problema inquietante, no ya de su porvenir sino del mañana inmediato, del resto del día, se hallaba, cuando entró

Don Alejandro y después de hablar secretamente con Laura, como inquiriendo algo relativo a su marido, soltó en alta voz y con acentuados fines, dos frases, o mejor, dos puñaladas que se clavaron en el pecho de aquel desventurado a cuya ruina hubo de contribuir eficaz e inconscientemente: "Es que sin trabajar, nadie vive; estos hombres de ahora lo que les gusta es que los mantengan...".

Germán estalló: su respeto, su debilidad en presencia del padre de su mujer, concluyeron en ese instante.

—Por mi no sufra, señor, ni por los míos. Si es hora de liquidar, liquidemos. Fue usted quien rogando, en diversas formas, logró al fin sacarme del sitio en donde por el trabajo hubiera podido rehacerme; fueron sus promesas no cumplidas, sus ofertas, sus planes y engaños los que decidieron de mi vida. Estoy arruinado, sin elementos para la lucha, pero conservo mi dignidad, y el mísero techo que usted me brindó para refugio de mis hijos que son carne de su carne, no se lo pago jamás en la moneda de la humillación que quiere fijarle de arrendamiento. Y dirigiéndose a Laura: Hoy mismo desocupamos esta casa; hoy mismo!

Fueron vanas cuantas tentativas se dirigieron a disuadirle. Por evitar escándalos cedió, al fin, a permanecer una semana e invocar un pretexto cualquiera que justificase el traslado con familia y todo a una región de mayores facilidades y mejor porvenir.

Para Laura y los niños aceptó las bestias de Don Alejandro, mediante los ruegos y lágrimas de Doña Francisca, y emprendió él, a pie, la jornada. Primera vez lloró Laura, desde su matrimonio, al dejar el pueblo, la familia, los conocidos de toda la vida, las amigas de la infancia, el centro íntimo de sus afectos. Cada pisada del caballo la sacudía nerviosamente, como si fuese una profanación.

Se le antojaba esa caravana un cortejo fúnebre; al pasar frente a la Iglesia, el olor a incienso la hizo creer que se trataba, en realidad, de un entierro.

Todo lo veía triste.

Germán, en silencio, avanzaba con los peones.

Su mujer no le daba ni una queja.

El pueblo estaba lejos...

De un recodo del camino se veía la casona de la que fue hacienda de sus antepasados y suya.

Germán ordenó a los peones que se adelantaran, y se quedó atrás con Laura.

Cuando ya iban a perder, acaso para siempre, de vista esa comarca, se detuvo. No podía más. Lloró como en la muerte de su madre.

Allá lejos el río, los cultivos, el ganado, los pequeños huertos de los agregados y del mayordomo y, en medio, la casa donde pasaron felices los primeros meses de su matrimonio. Saboreó en el recuerdo, una por una, esas impresiones; fijó de nuevo, con su esposa, el sitio en donde solía esperarle al regreso de sus faenas; el jardín, la discreta curva del río, con el baño sin peligros y resguardado; el árbol en que habían sorprendido tantas veces los nidos de las mirlas...

Y después? La sugestión del suegro, su debilidad, su cobardía que le llevaban ahora camino del destierro. El grito desgarrador del

pregonero que anunciaba en aquel día terrible de la subasta: Dan... dos mil pesos... por una finca, con casa de tapias y tejas, en el paraje de "El Roblal", en este Municipio. El que quiera mejorar la postura que lo avise. La van a rematar: a la una, a las dos...

No podía seguir; sentía los pies como clavados en aquel pedazo de tierra. Hizo un esfuerzo y abrazó a Laura.

—Despidamos el pasado; besemos ese recuerdo —le dijo al oído; y sus labios se juntaron con el mismo amor de aquella tarde, cuando los del **acompañamiento** los dejaron solos.

Siguieron avanzando...

Seis jornadas interpusieron entre su pueblo y la nueva residencia. Eran desconocidos en la parroquia recién fundada. Una de las últimas asambleas oyendo los clamores de sus habitantes, creó el municipio, a pesar de la lucha tenaz con los distritos perjudicados al dividir su territorio.

Todo estaba iniciado: la iglesia, la casa del párroco, el hospital. Funcionaban las escuelas y oficinas públicas en dos viejos caserones patrióticamente ofrecidos por los más interesados en sacar a la vida el nuevo distrito.

Para seguir adelante con el templo, en esos días la magna empresa, el cura tenía señalados en la semana dos días para el **convite** de los del pueblo, y el domingo para los del campo.

A las cuatro de la tarde la chiquillería se amotinaba en la plaza; los dueños de tiendas empezaban a despedir a los asistentes; las señoritas de las congregaciones, todo el mundo, salían en dirección al tejtar situado no muy lejos y contiguo al cementerio.

Dos o tres viajes de ladrillo eran obligada tarea en esa igualitaria romería que borraba diferencias de clases, uniendo las voluntades en fraternidad cristiana envidiable. El propio señor cura dirigía las obras, y entre los más ingenuos comentarios, cada cual desempeñaba cumplidamente su misión. Los más traviosos de la escuela proporcionaban escenas divertidas: a la vieja sirvienta o al paje molondro les alzaban una carga enorme, y cuando caían en medio del camino, dando traspies, las risas y los chistes ponían su toque de alegría en aquellas faenas. Discretamente, las parejas de jóvenes eludían la mirada de sus abuelos o de sus padres, y con pretexto de llevar un ladrillo cambiaban las frases de su amor sincero que bajo la regia majestad de las tardes inolvidables había de crecer y perdurar.

Sentían el acicate de un entusiasmo generoso; y al contribuir con su esfuerzo a la obra de todos, parecía como que soñaran en que las naves de aquel templo serían mañana el refugio de sus castas promesas y el testigo de sus eternos juramentos.

Al sentir sobre sus hombros ese fardo amable, vibraban sus nervios y se agitaban sus corazones como el de los pájaros cuando llevan en sus picos los menudos y débiles materiales de sus nidos.

Por lo demás, todo era igual, invariable.

La misma vida de otros lugares, el mismo "pueblo gris"...

Germán se fue insinuando y Laura tenía regular clientela de campesinas para la confección de vestidos.

En las primeras semanas eran mirados retrecheramente. Nadie quería soltarles prenda, ni abrirles camino.

Dios sabe qué gentes serían esos forasteros!

Poco a poco el ambiente social se modificó.

Vivían en las últimas casas del poblado, en una que daba frente al camino, con viejo corredor deslindado de la calle por **baranda de macanas**. Se podía considerar ese sitio como intermedio: la misma libertad del campo y las ventajas y comodidades que ofrecía el pueblo. Así se comentaba invariablemente con los visitantes.

Germán era, como en su tierra, el hombre de las consultas y el obligado elemento para toda empresa.

Laura tenía sus amigas y en el gremio femenino se miraban con asombro esas maravillas de trajes que salían de sus manos.

Y cual era el destino de Germán?

Imposible poderlo definir. Hacía de todo, desde ayudar en la iglesia en el arreglo de los altares y en el canto de las misas, en las mayores solemnidades, hasta redactar memoriales y cartas de amor a los campesinos, que le buscaban al terminar el mercado. No podía decir cual era su ocupación; pero ganando un peso aquí y otro allá, solucionaba modestamente los problemas de la vida con las necesidades imperativas de cada día.

De vez en cuando le llegaban sus triunfos: un individuo condenado por el alcalde, logró ser absuelto en Medellín mediante un escrito de Germán; un robusto montañés a quien atacó una fuerte dolencia, hubo de mejorar con las medicinas por él aconsejadas; su intervención fue salvadora y evitó una riña formidable entre dos jayanes que por el pleito de unos días de trabajo se fueron a las manos.

Estos labores no eran permanentes. Cuestión de pocas horas, cuando la oportunidad se ofrecía. La mayor parte del tiempo le quedaba libre. Ya se hablaba de verlo siempre ocioso y del mal ejemplo que con ello se ponía de presente a los jóvenes. Así lo conversaban en secreto los hombres más serios y las mujeres más respetables. La hicieron notar el hecho al señor cura y éste le defendió como a hombre bueno y servicial. No le veían dispuesto siempre a colaborar en las obras del culto y de la beneficencia?

Por aquel tiempo, en un diciembre, se hallaba Germán apuradísimo. Se le ocurrió iniciar una temporada de serenatas en la población. Tocaba el tiple y la guitarra con maestría, y cantaba poesías populares mucho mejor que los latinajos del ritual.

Pronto creció la fama de su voz y de lo selecto de sus canciones. Versos de Julio Flórez, de Manuel Acuña, de Salvador Díaz Mirón.

En ocasiones el canto alternaba con el recitado, y a las puertas de las tiendas se acercaba el pueblo entero. "El Idilio Eterno"; "Ante un Cadáver"; "A Gloria", de los vates indicados, eran piezas recibidas con delirio por el auditorio.

Aprovechaba Germán los tiempos buenos.

Pudo así atender a sus gastos ordinarios, a los útiles para los niños que concurrían a la escuela y a otras menudencias.

Leonor, tercera de las niñas, que contaba dos años cuando llegaron al pueblo, estaba ya de hacer la primera comunión. Era inteligente y graciosa: la preferida de su padre, según decían.

Desgraciadamente, la situación se presentaba cada día peor. Se había perdido la cosecha y no circulaba **medio** en la comarca.

Germán lograba, con grandes apuros, lo más indispensable. Laura no tenía costuras que hacer. Pasado el entusiasmo de los primeros días, nadie la ocupó. Resultaba demasiado caro.

Comentaban familiarmente los esposos la época de angustias que venían atravesando, cuando llamaron a la puerta. Unos campesinos que llegaban en busca de los auxilios necesarios para salir de complicaciones con la policía: el primero figuraba sindicado por **mirón** en un juego sorprendido en esa semana; el segundo estaba en líos con el gamonal, por unos jornales atrasados. Redactó Germán dos memoriales un poco enérgicos y salieron a presentarlos al despacho. Cuando se retiraron, se volvió a Laura con los ojos brillantes: ya tenía lo necesario para el vestido de Leonor; sólo faltaba que ella se luciera en el corte y en la costura. Ninguna de las ricas estaría como su muchareja en la fiesta. Qué felicidad!

Volvieron a poco los clientes de los memoriales diciendo que el alcalde no se los recibía por irrespetuosos, y les amenazó, además, con **arrancárles** una multa. Levó Germán de nuevo; cambió frases, habló personalmente con el alcalde y logró que se diera curso a los asuntos. Mala espina le quedó. El nuevo alcalde, huraño e impulsivo, se notaba como prevenido en contra suya.

Le recibió pésimamente. Dos o tres frases que le dijo, encerraban el sarcasmo. A él si no lo manejaría, engañándolo con **leguleyismos**, como a sus antecesores. Ya se lo había recomendado el Presidente del Concejo: lo primero, acabar con los vagos y abrirle el ojo a los **cachacos**. La ley no era "para los de ruana solamente".

Al domingo siguiente sería la primera comunión de niñas. Cuando así lo anunció el señor cura, Germán y Laura se miraron y con los ojos se dijeron: la cara que pondrán aquí con esa maravilla de traje de Leonorcita!...

Redobles que parecían de tambor, pero que no eran sino el ruido de los golpes que se daban sobre la vaqueta cruda de un taburete colonial, sorprendieron al pueblo al salir de misa.

Se altoparon, frente al despacho, los hombres, y las mujeres, desde el atrio, indagaban si se trataría de **mandar gente** porque hubiera estallado la guerra.

La cosa era menos grave: el bando se refería solamente al Decreto número primero del señor alcalde. Contenía, en sus artículos,

penas de multa y de arresto para los dueños de perros que los dejaran andar sueltos por las calles; para quienes tuvieran cerdos en solares dentro de la población; y se recordaban disposiciones departamentales sobre los vagos. Concluída la lectura del texto meramente oficial, dijo el jefe del Municipio unas cuantas palabras de su cosecha, recalcando sobre la grave calamidad pública de la vagancia y lo indispensable de que se le cerrara el paso a los que venían de otras partes, huyendo quizá de sanciones por sus hábitos de querer vivir sin trabajar.

Germán se sintió aludido y palideció. Ese hombre le infundía pensamientos fatales.

Al reanudarse las interrumpidas labores del mercado, se oían sugestivos comentarios:

—El Alcalde que necesitamos, enérgico, **guapo**, dijo un gamonal.

—La fiera del siglo, murmuró un campesino pendenciero que se tomaba sus tragos en cada domingo.

—Ese bruto mató uno en Cuerquia, informó un arriero que hacía frecuentes viajes a Ituango y que en esa semana tenía las mulas en el potrero, dándoles una tregua.

En fin, la tranquila vida parroquial sufrió una fuerte sacudida. Se anunciaban desgracias.

Ese lunes hubieron de trasnochar completamente Germán y Laura. Leonor pasó con fiebre. Inquirían la causa y no hallaban otra que la llovizna, cuando regresaron del mercado. Desde los días anteriores la sentían con catarro. Martes y miércoles siguió mal. Notaron alguna mejoría el jueves, pero el viernes amaneció gravísima.

Una neumonía feroz que no daba esperanzas.

El sábado, cuando las niñas que harían su primera comunión al día siguiente se dirigían a la salve y a las vísperas que se anunciaban solemnísimas, Germán luchaba con la niña para que le recibiera los medicamentos.

Al toque del **Angelus**, Leonor, sin esfuerzo, sin convulsiones, como aletargada, se durmió para siempre. Germán y Laura desesperados, como locos, se miraban cual si se preguntasen lo que un viajero extraviado que halla cerrados los caminos y se mira en presencia de un abismo.

Nadie había dormido en la semana, y los recursos se habían agotado. Molestar a los vecinos era inútil. Su pobreza era igual. En las tiendas habían suspendido **el fiado**.

En la tarima estaba Leonor. Un ángel dormido. Con su traje no estrenado, porque la muerte hizo que la esperada ceremonia se cumpliera en el cielo, en primera y eterna comunión.

Laura recortó de su velo de novia un retazo para cubrirle su carita sonriente que ostentaba esa inconfundible marca de inocencia que pone alegrías hasta en la faz de los cadáveres. No hay niño muerto que no parezca sonreír.

Bastante avanzada la noche tocaron a la puerta. Dos jóvenes del pueblo, hijos de lo más honorable y linajudo, se acercaron a pre-

guntar por Germán. Se trataba de una serenata a toda **percha**. Dieron el nombre de las agraciadas y convinieron en que a las doce empezarían.

Regresaron, sin darse cuenta de nada extraño.

Germán les alcanzó y venciendo su orgullo les dijo que tenía grandes necesidades y que ojalá le pudieran **adelantar** algo.

Cada uno le dió una moneda de cincuenta centavos. Era bastante. Fuese al carpintero y le dió un contado para sacar el ataúd pequeño, de forro blanco. En la única tienda que halló abierta compró diez velas.

Todo estaba completo. Su Leonor tenía la cajita mortuoria y el alumbrado para las horas restantes. No se pasarían la noche, como esperaban, en la oscuridad que multiplicaba sus dolores y hacía mucho más devoradora su tristeza.

Germán salió, al golpe de las doce. Era preciso cumplir. Si no hubiera sido por ellos, se había quedado sin velar a su hijita y sin cajón para enterrarla.

De la puerta dió una mirada desgarradora. El cuadro no podía ser más lúgubre: su esposa, en compañía de los mayorcitos. Los otros dormían profundamente. En el centro, Leonor circundada de flores y de luces. Un cirio de primera comunión ardía con más intensidad e iluminaba con mayor brillo. Al notarlo pensó el infortunado que no en ese momento, sino algunas horas más tarde, debía de haber lucido en las manos de su muertecita del alma. Intentó devolverse. Abandonar así la casa, era un sacrilegio. Pero estaba empeñada su palabra y se echó a la calle como un sonámbulo.

Pocos momentos después llegaban a la esposa desventurada los ecos de la voz de su marido que al pie de una ventana del pueblo cantaba: "Ven a mi pobre cabaña...".

Estaba pagando religiosamente su deuda.

Volvió a las dos de la madrugada. El alcalde había hecho retirar a los cantores y amenazó con la cárcel a los que siguieran en la calle.

Ya salían de la misa las niñas de primera comunión.

Germán, con dos vecinos, iba camino del cementerio. Al ver aquellos trajecitos blancos y recordar sus ensueños, le daban ganas de gritar: aquí llevo la mía, más linda!...

Ya un poco tarde citáronlo al despacho los comisarios que tenían orden de llevarlo si se resistía. No se explicaba lo que pudiera ser. Ni una citación anterior, ni se le había notificado nada; era un misterio aquella orden así tan brusca y en ese día.

Al presentarse le fue leída, por el secretario de ojos maliciosos y aflautada voz, la sentencia en que la alcaldía, en nombre de la república y por autoridad de la ley, le condenaba, según las razones de la parte motiva del fallo, a un año de confinamiento en la colonia penal, por el delito de vagancia.

Figuraban, como prueba, los testimonios del comprador de las nóminas de los empleados públicos, del dueño de la prendería de la esquina de la plaza y de un zapatero remendón que trabajaba dos días en la semana y se embriagaba el resto. Leída la providencia le increpó el alcalde los memoriales irrespetuosos de la otra semana, y la serenata

última que dió lugar a tantos escándalos hasta las dos de la mañana, hora en que los hizo retirar. Esto sobre todo colmó la medida de su justicia: abandonar, en estos instantes a su esposa, con una niña “mu-riéndose” y los otros quizá con hambre, daba la idea de sus costum-bres depravadas y pedía un correctivo ejemplar.

Germán bajó la cabeza. Mudo, víctima de horrible pesadilla, dudaba de cuanto le acontecía. Firmó la notificación maquinalmente y en el sitio en que le indicó el secretario, quien no podía ocultar cierta satisfacción.

Como hablando en su interior, sin ser oído, se dijo: Condena-do!... Con los rateros!... Se irguió, se le erizaron los cabellos, cerró los puños, se le desorbitaron los ojos, pretendió lanzarse sobre los em-pleados...

Una carcajada feroz salió de sus labios y se trajo enredada el alma.

—Alcaldes brutos!... exclamó.

—Al cepo!... hubo de ordenar al jefe del municipio, lleno de ira.

Cuando volvió el expediente de Medellín, con la setencia re-vocada en todas sus partes, ya no había sujeto.

En el manicomio, celda número 15, el enajenado Germán Ri-vera, grita de vez en cuando: ¡Alcaldes brutos!... y se queda sumido en un letargo de idiota, junto a unos trapos viejos, recogidos en un ca-jón pequeño, con los cuales anda siempre camino del cementerio para enterrar a Leonor...

Los médicos estudian el caso. Investigan. Les parece que se trata de locura producida por una sífilis tardía o por degeneración al-cohólica...